**Organización Política, Social y Económica del Tawantinsuyo**

La costa occidental de Sudamérica fue uno de los puntos de origen de toda civilización en el mundo. La primera civilización de América se originó en Caral, en el Norte Chico, hace aproximadamente 5000 años. Posteriormente, más culturas se originarían en valles cercanos, como Nazca, Paracas y Moche, y otras dominarían los cercanos Andes, como Wari o Tiwanaku. El mundo andino, entonces, generó gran cantidad de culturas y grupos humanos que, por las improntas culturales que el mismo espacio implica, compartieron costumbres y modelos de vida. Centros adoratorios surgieron y cayeron en desuso, reinos se extendieron por largas áreas, cada uno aportando en el desarrollo de este universo único marginado de los otros focos de civilización del planeta. Sin embargo, eventualmente surgió una potencia en el área que representó la síntesis de todas las culturas que alguna vez estuvieron en el espacio andino y cuyo legado se siente hasta el presente: el Tawantinsuyo.

Se considera al Tawantinsuyo como la entidad más extensa de la América precolombina y, en su máxima extensión, abarcaba los territorios desde Pasto, en la actual Colombia, hasta el río Maule en Chile. El territorio que el Incanato controlaba comprendía, en parte, los estados modernos de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. Desde sus inicios en el pequeño Estado del Cusco, la cultura de los Inkas mostró su potencial derrotando a sus rivales cercanos y expandiendo su esfera de influencia. De ser grandes guerreros, el Tawantinsuyo llegó a integrar grupos de expertos artesanos, orfebres, tejedores y arquitectos, cuyos monumentos siguen en pie hasta la actualidad. En efecto, fue la civilización que envolvió a todo su universo en uno solo. No obstante, el modelo de organización general que el Incanato ejerció era muy diferente al moderno y a otros modelos contemporáneos o pasados en la historia de la humanidad. Entonces ¿cómo era el Tawantinsuyo?

En el presente documento, se presentará una breve explicación del Tawantinsuyo. El texto abarcará la organización política, social y económica que se conoce de la antigua entidad andina. Las fuentes consultadas para la realización de este trabajo son: *El reto del espacio andino* (Olivier Dollfus), *Perú, Hombre e Historia Vol. II: Entre el siglo XVI y el XVIII* (Franklin Pease), *Historia del Tahuantinsuyo* (María Rostworowski) y *Hanan et Hurin: histoire d’un système structurel inca* (Isabel Yaya).

La economía del Tawantinsuyo era muy diferente a la de sus contemporáneos europeos o asiáticos, o a la concepción moderna de la economía. Probablemente, en lo que más difería el modelo del Tawantinsuyo es la ausencia de una moneda. Asimismo, no existía ninguna forma de tributo material que se manejara en el Estado, los ciudadanos no otorgaban directamente productos hacia las autoridades. Hubo dos principios básicos en la economía del Tawantinsuyo, si se entiende la economía como la administración eficaz y razonable de bienes: la reciprocidad y la redistribución. Estos principios ya existían en todo el espacio andino previo a la llegada de los Inkas conquistadores, que solo siguieron implementando estos sistemas.

La reciprocidad implicaba un sistema de favores que se realizaban y buscaban la complementariedad. Como se ha mencionado antes, estos favores no consistían en una suma de algún tipo de dinero, sino en mano de obra para realizar alguna actividad. Las relaciones recíprocas ocurrían entre los grupos familiares extensos, los ayllus, que eran las unidades básicas que conformaban las etnias. Si se requería mano de obra para algún trabajo, miembros de ayllus acudirían a otros ayllus con los que están relacionados por uniones matrimoniales entre sus miembros. El ayni era la reciprocidad que se efectuaba cuando un individuo recibía la ayuda de varias personas para hacer algo en su beneficio y se debía comprometer a hacer lo mismo cuando alguien que lo haya ayudado requiriera esa clase de favor. La minka era aquella actividad que realizaban todos en servicio de todos en un determinado momento, es decir, las actividades que se realizaban para el beneficio de toda la comunidad. Asimismo, si existía alguna disputa o desacuerdos entre los miembros de una relación de reciprocidad, el curaca del grupo étnico actuaba como mediador e imponía justicia.

La redistribución, como su nombre lo indica, implica que los bienes de un grupo étnico eran distribuidos de una manera determinada. Quien redistribuía los bienes de la etnia era el curaca. Él a cada ayllu le asignaba una mit’a, que es un servicio obligatorio que se debe realizar para la comunidad, el trabajo de cada familia. Estas mit’as eran temporales y usualmente se centraban en el envío de ayllus a determinados niveles de altitud para la cosecha de determinados alimentos que no se encuentran en otros niveles ecológicos. Sin embargo, la mit’a eran todos los trabajos que se necesitaran para la subsistencia de la comunidad, no solo el cultivo. Una vez obtenidos todos los productos asignados a cada ayllu, el curaca los redistribuiría de acuerdo con la necesidad.

Ante la ausencia de moneda y necesidad de obtener productos o materiales hubo sistemas de intercambio. El intercambio se realizaba en gran medida en la costa, donde había gente que se especializaba en intercambiar determinados productos. Asimismo, el intercambio aseguraba la variedad de productos en todo el espacio andino, especialmente productos marítimos o plumas de aves amazónicas, de alto valor. En la sierra del norte, más cercana a Colombia, el intercambio tomaba un peso mayor debido a que las comunidades eran más sedentarias. A diferencia de la sierra central y sur, donde etnias enviaban a sus ayllus a recolectar productos de diferentes pisos ecológicos, las comunidades del norte solían asentarse en áreas determinadas, que ofrecían mayor cantidad de productos necesarios para la subsistencia. Por ello, si se requería algún otro material, se procedía al intercambio con otras comunidades similares asentadas en lugares donde hubiera el producto buscado.

A un nivel más macro, el Tawantinsuyo manejaba su economía utilizando estos principios del mundo andino. En vez de tributo material, el Estado requería de mano de obra, los ayllus de las etnias, que eran puestos al servicio del Inka temporalmente bajo los criterios de la reciprocidad entre el Inka y los curacas, relación que se explicará más adelante. El sistema de redistribución también era de vital importancia para el Estado, ya que el Inka redistribuía lo producido por la mano de obra ofrecida por las etnias, a la cual se le asignaba determinadas mit’as. Como consecuencia, el Estado contaba con una amplia gama de productos que habían mandado a producir a cada ayllu cumpliendo la mit’a según su especialidad. La redistribución actuó, entonces, como un sustituto del mercado de otras culturas no americanas, dado que los productos que faltaran y se requirieran en determinados sectores del Tawantinsuyo eran entregados mediante la redistribución. A pesar de eso, los sistemas de intercambio siguieron practicándose entre comunidades cercanas, especialmente entre costa y sierra, y el intercambio especializado marítimo continuó moviendo productos por largas distancias.

Existían autoridades administrativas estatales que se encargaban de supervisar el Tawantinsuyo y sus sistemas. Cada región contaba con un tokrikuq, que eran los funcionarios encargados de la administración general. Estos tenían ayudantes llamados michik, que ayudaban en las tareas administrativas. Los tukuy rikuqs eran una autoridad supervisora que verificaba que todo este correcto en el sistema, aunque también se los usaba como espías. También hubo t’ukrikamayuqs, que se encargaban de la administración específicamente de artesanos, y runaypachakaq, que eran encargados de contabilizar los grupos de edad, factor importante para la asignación de la mit’a. De requerirse contabilización y manejo de datos específicos, siempre estaban presentes los kipukamayuqs, quienes manejaban los kipus, herramientas de contabilización en el Tawantinsuyo.

En cuanto al concepto de riqueza, este puede ser asumido por las implicancias de la reciprocidad y redistribución. La economía del Tawantinsuyo, para la gente del común, se basaba en la capacidad de tener personas a quienes se pueda acudir en el ayllu propio o en otros. Por ello, alguien rico, en el sentido occidental de la palabra, sería quien pertenece a un ayllu numeroso que tiene relaciones con más ayllus debido a los matrimonios. Si uno carecía de ayllu, no solo no podía recurrir a la reciprocidad, sino que tampoco formaba parte de la redistribución de ningún grupo, era pobre.

La organización política del Tawantinsuyo tenía varios componentes y jerarquías, pero todas partían de una sola figura: El Inka. El Inka era la autoridad suprema del Tawantinsuyo, no solo en lo político, pero también en lo religioso y la organización social también era afectada de acuerdo con cada nuevo gobernante. Era considerado un ser divino al ser el hijo del sol, Inti, y este factor legitimaba su posición como líder. Todo con lo que tenía contacto se sacralizaba, personas u objetos, y aquellas cosas eran tratadas con cuidado, sea lo que fuera. Como autoridad suprema, la organización política se formaba en torno a él, sin embargo, había autoridades que no dependían del Inka.

Los curacas eran las autoridades locales de cada etnia del imperio. Como se mencionó antes, eran las autoridades que redistribuían y mediaban a los ayllus de su grupo y eran quienes negociaban con el Inka la mano de obra para la mit’a imperial. Cuando el Inka deseaba integrar un nuevo grupo étnico al Tawantinsuyo, le ofrecía regalos a los curacas para que aceptasen y, si lo hacían, se les consideraba integrados al Tawantinsuyo y sus sistemas de redistribución y mit’a. También, para asegurar la relación recíproca entre la nueva etnia y el Tawantinsuyo, y así legitimar la integración a los sistemas, el curaca otorgaba al Inka una nueva esposa, que era parte de la familia del curaca. Como consecuencia, los curacas mantenían su autoridad local y el Cusco no interfería en su mandato. De este modo, cada grupo étnico seguía eligiendo a sus autoridades de la manera en que lo hacían antes de ser parte del Tawantinsuyo, por lo que podían existir diferencias en la manera en que un curaca asumía el poder o sus potestades. Por ejemplo, curacas de grupos humanos de la costa usualmente poseían un espacio de territorio determinado, era propiedad de ellos, y las ayllus trabajaban las tierras de su líder. En varios lugares de la sierra, en cambio, a los curacas no se les atribuía un espacio de tierra específico del que sean dueños, cada miembro de la comunidad recibía un espacio según su necesidad.

Asimismo, existían diferentes jerarquías entre los curacas. Naturalmente, no todos ejercían igual poder antes de las conquistas de los Inkas y, tras integrarse al Tawantinsuyo, estas diferencias permanecían. Existían varios títulos de curaca previos, como Cápac Apu, Llaqtacamayoq, Hatun Curaca y varios otros que demarcaban diferentes niveles de autoridad. Sin embargo, durante el mandato de Túpac Yupanqui, se asignó nuevos títulos que consistían en nombrar un número decimal que representaba el número de personas sometidas a la autoridad del curaca: Chunka (10) Curaca, Pachaka (100) Curaca o Waranqa (1000) Curaca. Los otros términos podían seguir siendo utilizados a nivel regional, pero los nuevos títulos proporcionaban una idea más general del poder político de cada curaca. También, existían curacas que ejercían poder no solo en sus mismas etnias, pero también en otras que habían sometido similarmente a como los Inkas sometían a otros pueblos. Su autoridad, como se mencionó antes, era respetada por el Tawantinsuyo, entonces eran los curacas de mayor poder político.

Si algún curaca se revelaba contra la autoridad del Inka, este era depuesto de su cargo tras una intervención. En estas situaciones el Inka nombraba a otras autoridades políticas. El Inka podía otorgar el curacazgo a gente cercana a él para nombrarlos curacas. Estos curacas impuestos por el Inka, sin embargo, también podían ser depuestos de sus cargos a voluntad del Inka, por lo que solían esforzarse lo mejor que pudieran. Asimismo, el Inka podía recurrir a personas de la categoría yana, que se explicará más adelante. La ventaja de asignar un curacazgo a un yana era que ellos respondían directamente al Inka, no se requería una relación recíproca de por medio. Estas asignaciones de gente cercana al Inka o yanas para los puestos de curacazgo no requerían una deposición previa. Si el Inka consideraba que a algún pueblo en particular le hacía falta un curaca o autoridad más cercana, se asignaba uno.

Otra autoridad política importante eran las panakas. Las panakas eran los ayllus formados por los Inkas que alguna vez lideraron el Tawantinsuyo. Se creía que los Inkas, al ser seres divinos, no morían y seguían teniendo voluntad propia aún convertidos en momia. Sus panakas eran las encargadas de preservar su memoria y comunicar sus voluntades a través de los aya tapuqs, dos por momia Inka. Miembros de las panakas usualmente eran quienes tenían los altos cargos y eran de vital importancia en la elección del Inka sucesor.

Ya mencionadas las autoridades políticas principales, es importante explicar un concepto importante en el mundo andino: la dualidad. Las sociedades en el mundo andino contaban con una dualidad en el mando que no implicaba una diarquía. Es decir, dentro de cada grupo humano, la población se separaba en dos mitades. Para la etnia cusqueña de la que provenía el Inka, la división fue Hanan y Hurin, con Hanan como la mitad dominante en la fase expansionista del Tawantinsuyo. No se sabe con certeza si la dominación Hanan ocurrió desde la fundación de la etnia del Cusco o si en algún momento desplazó a Hurin, aunque usualmente se acepta esto último, a partir del mandato de Inka Roca. Otros grupos étnicos en el mundo andino se regían bajo la misma dualidad, pero no necesariamente era Hanan y Hurin, podían ser otras dualidades como Ichuq y Allauca. La dualidad implicaba que cada mitad tenía su propia autoridad y ejercían funciones similares, aunque siempre era una la suprema. En el caso del Tawantinsuyo, el Inka era la autoridad de una de las mitades y la autoridad suprema. Esto tenía implicancias políticas también porque los ayllus o panakas pertenecientes a la misma mitad que el Inka, sea Hanan o Hurin, adquirían mayor prestigio y rango. Se presume que la dualidad fue un factor importante en la elección de nuevos soberanos Inka, ya que solía haber dos candidatos principales, uno de cada mitad. Existía, a su vez, una cuatripartición del poder, porque cada autoridad de mitades en el mundo andino contaba con un ayudador. La cuatripartición del poder se puede identificar en el mismo Tawantinsuyo, cuyas mitades Hanan eran Chinchaysuyo y Collasuyo, y las mitades Hurin Antisuyo y Contisuyo. El beneficio Hanan en tiempos donde el Inka era de esa mitad se veía evidenciado en el hecho de que ambos suyos Hanan contaban con cuatro curacas principales cada uno, mientras que las mitades Hurin solo con dos. La dualidad de cada etnia era importante para su proceso de asimilación al Tawantinsuyo ya que se requería que una de las autoridades de la dualidad sea enviada al Cusco a ser educada en el sistema del Incanato.

En cuanto a la organización social, había divisiones llamadas ceques que separaban los territorios de cada suyo en tres: Collana, Payan y Cayao. Los ceques eran líneas que dividían el espacio atravesando las waq’as de territorio. Las waq’as eran los adoratorios o lugares sagrados en el mundo andino. Las tres divisiones mencionadas indicaban niveles de jerarquía en la sociedad. Los sectores Collana y Payan serían los más privilegiados de la sociedad, mientras Cayao era el sector de menos prestigio. En este caso, las élites (panakas, ayllus cusqueños, ayllus de curacas) pertenecerían a los sectores Collana y Payan, y las clases populares en Cayao.

La religión jugaba un rol importante en la organización social del Tawantinsuyo. Como se mencionó antes, las waq’as eran las que formaban los ceques, y recibían cierta jerarquía a partir de ellos. Es decir, la jerarquía que le fuera atribuida a la waq’a por el ceque definía el estatus social del pueblo que la adoraba. La sociedad, tanto las clases dirigentes como las populares creían mucho en el presagio, por lo que existían varios grupos de adivinos como leedores de coca o de animales, además de oráculos. El Inka era la autoridad religiosa suprema, pero al ser el Inka tenía otros cargos. Quien ocupaba activamente el cargo de líder religioso era el Willaq Uma, quien, debido a la dualidad del mundo andino, probablemente era el complemento Hurin o Hanan del Inka reinante. Debajo del Willaq Uma estaban autoridades religiosas comparables con los pontífices católicos. Asimismo, había delegados religiosos distribuidos por el Tawantinsuyo que añadían o removían waq’as, posiblemente alterando el estatus social de miembros de la sociedad relacionados a estas waq’as.

Existía en el Tawantinsuyo un grupo privilegiado, una élite, probablemente quienes estaban en los sectores Collana y Payan previamente mencionados. La élite era conformada por el Inka y su panaka, es decir, el ayllu del Inka. Había también algunos ayllus de Cusco que originalmente formaron el séquito o guardia real del Inka, miembros de estos ayllus también podrían ser considerados de mayor jerarquía. Los curacas y sus respectivos ayllus también eran considerados élites, principalmente a nivel local, pero su posición era respetada por el Inka. También, se puede asumir que los curacas no propiamente del grupo étnico que manejaban, sean yanas o simplemente cercanos al Inka, gozaban de una posición más privilegiada.

Dentro de la sociedad del Tawantinsuyo había personas que se especializaban en el intercambio. Estos grupos de mercaderes se concentraban en Chincha, el reino de Chimú y las costas de Ecuador. Se les considera mercaderes, aunque no en el sentido occidental de la palabra, porque se dedicaban específicamente al intercambio y recorrían largas distancias para, principalmente, el intercambio de mullu, conchas de carácter religioso importante para las sociedades andinas. También, algunos mercaderes intercambiaban el pescado con las etnias asentadas en la sierra. Los mercaderes costeros existían previos a la llegada del Tawantinsuyo, que simplemente absorbió las zonas donde se encontraban.

Similar a los mercaderes, pero no especializados en el intercambio, había especialistas en otras áreas: los artesanos y los pescadores. Ambos grupos eran principalmente de la costa, donde la especialización era más común, mientras que en la sierra podía haber artesanos dotados, pero no se dedicaban exclusivamente a esa labor. Debido a su especialización, no requerían ser parte de la mit’a agrícola o la mit’a guerrera, ya que cumplían su mit’a haciendo sus oficios. Los artesanos en particular eran muy solicitados por el Estado ya que producían todo tipo de cerámicas, trabajos de orfebrería y ropajes de calidad. Para esto, eran usualmente trasladados temporalmente a centros administrativos de la sierra, incluso al Cusco mismo. Los pescadores cumplían con la mit’a pesquera y vivían separados del resto de pueblos. Mantenían relaciones estrechas con pueblos agricultores, ya que comunidades pesqueras no cultivaban.

Los hatun runa eran la clase popular más extensa, la gente del común. Existían grupos de edad entre los hatun runa y cada uno tenía sus quehaceres. El grupo de edad más importante era el de los awka camayocs, que iba desde los 25 a 50 años. En ese periodo de edad, los hatun runa ejercían los labores de la mit’a, tanto la imperial como la que su ayllu debía realizar en servicio a la etnia para la redistribución. Grupos de edades menores se dedicaban a tareas menores como cuidar a menores, cuidar el ganado o ser mensajeros. Similarmente, grupos de edades mayores realizaban tareas de menor carga hasta llegar al grupo de edad de 80 años, los roqto machos, quienes ya no tenían ninguna labor. Otro sector de la población hatun runa no era distinguido por su edad, sino por su condición física: los lisiados. Naturalmente, no se requería que realizaran las mismas tareas que el resto según su edad, recibían asignaciones menores que puedan realizar teniendo en cuenta su discapacidad. Además, miembros de este último grupo debían casarse con miembros del mismo grupo según su discapacidad.

Dentro de los hatun runa se encontraban también los mitmaqkuna. Los mitmaqkuna eran hatun runa que estaban cumpliendo una mit’a que requería que estén en lugares determinados lejos de su núcleo étnico. Las labores de los mitmaqkuna incluían defender fronteras en fortalezas llamadas pukara, recolectar cultivos en determinadas altitudes y aprovechar productividad de áreas no utilizadas. En principio, no se debían desligar de su etnia, las mit’as eran temporales, pero el Tawantinsuyo llegó a ser tan amplio que los mitmaqkuna trabajando para la mit’a imperial terminaban desligándose de su grupo étnico.

Los yanas eran una categoría social diferente a los hatun runa. Mientras estos tenían ayllus y, por ello, pertenecían a determinados grupos étnicos, lo yanas se habían desligado de sus ayllus y pueblos. Por este motivo, los yanas quedaban a merced del Inka, que los mantenía y ayudaba. Determinar la categoría social de un yana sería complicado puesto que, en teoría, son pobres dentro de la economía porque no cuentan con lazos familiares a quienes se pueda acudir para la reciprocidad, pero a la vez podían llegar a ser curacas si era la voluntad del Inka. Un equivalente femenino de los yanas eran las mamaconas. Estas servían en los acllawasi, donde eran llevadas de pequeñas elegidas por autoridades religiosas. Ahí, se dedicaban al culto y a la producción de chicha y textiles. Asimismo, las mamaconas eran entregadas como esposas a curacas importantes si el Inka lo negociaba o consideraba apropiado.

Por último, existía un grupo social relativamente inferior al resto: los piñas. Poco se sabe de este grupo y no hubo documentación específica de estos. En teoría, los piñas serían los prisioneros de guerra, miembros de etnias que se revelaron en algún momento contra el Tawantinsuyo y fracasaron. A estos se les asignaban trabajos que requerían mayor esfuerzo y es posible que estuvieran marcados físicamente, más no recibían el tratamiento inhumano que los esclavos recibían en el mundo occidental.

En síntesis, la organización que el Tawantinsuyo empleaba en los ámbitos político, social y económico difería de otros Estados contemporáneos o actuales. En lo económico, regían los principios de reciprocidad, redistribución e intercambio. La economía estatal se basaba en la mano de obra, no en el tributo, y existían varios administradores que supervisaban el aparato del Estado. En lo político, el Inka era la autoridad suprema y divina, aunque los curacas mantenían cierto grado de independencia política. Se regía también por el principio de la dualidad y cuatripartición del poder, y las panakas de Inkas anteriores seguían ejerciendo poder político. En lo social, existían diversas clases sociales con diferentes niveles de jerarquía, aunque la mayoría eran equivalentes excepto la élite y los piñas.

La organización del Tawantinsuyo en todos esos aspectos fue muy particular, pero era lo esperado. Como se explicó, el Tawantinsuyo solo integró a clases sociales preexistentes y sus modelos políticos y económicos eran los usuales en el mundo andino. Esto refleja la importancia que jugó el Tawantinsuyo en el desarrollo de las culturas andinas, ya que integró todos sus principios en una sola entidad, formando así una síntesis de toda la evolución de civilizaciones en la región. Lamentablemente, no se sabe qué pudo haber ocurrido después porque la evolución natural económica, política y social de este foco de civilización se vería detenido ante la llegada de los europeos. Aún así, el Tawantinsuyo marcó una etapa muy importante en la historia de la civilización americana y del mundo.

**Bibliografía:**

DOLLFUS, Olivier

1981 *El reto del espacio andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Consulta: 24 de octubre de 2020.

<https://repositorio.iep.org.pe/bitstream/IEP/674/2/dollfus_elretodelespacioandino.pdf>

PEASE, Frankiln

1992 *Perú, Hombre e Historia Vol. II: Entre el siglo XVI y el XVIII*. Tres volúmenes. Lima: Edubanco. Consulta: 24 de octubre de 2020.

<https://fundacionbbva.pe/wp-content/uploads/2016/04/libro_000050-1.pdf>

ROSTWOROWSKI, María

1999 *Historia del Tahuantinsuyo*. Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Consulta: 24 de octubre de 2020.

<https://issuu.com/gcadem/docs/historia_del_tahuantinsuyo-maria_ro?fbclid=IwAR159gTresgdTqP4KYBcJjBHJJUUnLNjMiD8ZVhP1TN2xTBaSNOqAsW9gSA>

YAYA, Isabel

2013 “Hanan et Hurin: histoire d’un système structurel inca”. *Bulletin de l’institut Français d’Études Andines*. Lima, año 42, volumen 42, número 2, pp. 173 – 202. Consulta: 24 de octubre de 2020.

<https://journals.openedition.org/bifea/4049#article-4049>